

El pontificado de Achille Ratti, papa Pío XI

José ESCUDERO IMBERT

I. EL PROGRAMA DEL PONTIFICADO

No le correspondieron a Achille Ratti tiempos de sosiego y serenidad durante su pontificado (1922-1939)¹. Había terminado, sí, las más feroz guerra hasta entonces conocida, pero dejando como fruto una paz humillante para los vencidos y una desazón en los ánimos llena de oscuros presagios que los «felices

1. Achille Ratti había nacido el 31 de mayo de 1857 en Desio (Brianza, Lombardía). Tras su ordenación sacerdotal (20.12.1879) y la obtención de tres doctorados en Roma (1882), fue nombrado profesor del seminario mayor de Milán y capellán de las Damas del Cenáculo. En 1888 se adhirió a los Oblatos de san Carlos Borromeo. En 1888, don Ratti se incorporó como «Doctor» a la Biblioteca Ambrosiana, de la que sería prefecto a partir de 1907. Elegido en 1912 sucesor del P. Ehrle al frente de la Biblioteca Vaticana, el nombramiento se hizo efectivo en 1914, y mons. Ratti se transfirió a Roma. En 1918, Benedicto XV le designó visitador apostólico en Polonia, misión que se extendería después a Finlandia, Estonia, Letonia, Georgia y Rusia. Tras la creación de la república polaca, fue nombrado nuncio en Varsovia y allí mismo consagrado arzobispo (28.10.1919). En agosto de 1920, único entre los diplomáticos, mons. Ratti quiso permanecer en su puesto durante el asedio bolchevique de Varsovia. Ese mismo año fue nombrado alto comisario eclesiástico en el plebiscito sobre la Alta Silesia, disputada entre polacos y alemanes. Llamado como sucesor del card. Ferrari al frente de la diócesis de Milán, mons. Ratti dejó Varsovia el 4 de junio de 1921. En el consistorio del 13 del mismo mes fue elevado al cardenalato. No obstante la notable actividad que desplegó, poco pudo hacer en la sede ambrosiana, pues permaneció pocos meses en ella: el 22 de enero de 1922 moría Benedicto XV y el colegio de los cardenales reunido en cónclave eligió Papa al card. Ratti el 6 de febrero, al decimocuarto escrutinio, abriendo al parecer una tercera vía entre los partidarios del card. Pietro Gasparri, cercano a las orientaciones de León XIII, y la candidatura del grupo reunido en torno al card. Merry del Val, antiguo secretario de Estado de Pío X. Achille Ratti asumió el nombre de Pío XI y fue coronado el 12 de febrero. Comenzó su pontificado situándose en continuidad con Benedicto XV, sobre todo en dos aspectos fundamentales: la promoción de la paz y la universalización de la Iglesia.

años veinte» —felices sólo para algunos, y por breve tiempo— no lograrían ocultar. A Pío XI le inquietaban, como a su predecesor, los nacionalismos exaltados que se habían dado cita en las mesas de negociaciones —de las que la Santa Sede había quedado excluida ya desde 1915 por voluntad del reino de Italia y con la aquiescencia de los gobiernos aliados— y aún más le preocupaba el desasosiego que por doquier reinaba en los espíritus. Como recordaría mons. Montini evocando la obra de Pío XI, se trataba de «uno de los momentos más difíciles para la historia espiritual del mundo»².

1. *La paz de Cristo en el Reino de Cristo*

El nuevo Papa expuso las líneas maestras del pontificado en la encíclica *Ubi arcano*. Meditada pausadamente, fue publicada diez meses después de su coronación, el 23 de diciembre de 1922³. Con las variaciones y matices que las circunstancias fueron imponiendo, a ella se atuvo hasta su muerte.

El fin del conflicto bélico, advertía el Papa, estaba lejos de haber traído consigo la paz, ni a los individuos, ni a las familias, ni a los pueblos. Las causas profundas de tales males habían de buscarse en el alejamiento de la sociedad respecto de Dios y de Jesucristo. La solución no la traería una paz aparente y exterior, sino aquélla que penetra los espíritus: la paz de Cristo, que sólo se podría afianzar eficazmente instaurando el reino de Cristo. Tal era la misión que Pío XI se prefijaba y proponía a los cristianos: concentrar todos los esfuerzos en realizar la *paz de Cristo en el reino de Cristo*.

Tres años más tarde, Pío XI concluía el Año Santo instituyendo para la Iglesia universal, mediante la encíclica *Quas primas* (11.12.1925)⁴, la solemnidad de Cristo Rey, con el deseo de hacer llegar de modo más profundo al pueblo la doctrina sobre la regalidad de Cristo. La fiesta de Jesucristo Rey quería ser, en la intención del Papa, «un remedio efficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad»: el laicismo (*Quas primas*, 23).

2. Giovanni Battista MONTINI, «Discurso», 6.10.1957, en Cipriano CALDERÓN, *Montini, papa*, Sígueme, Salamanca 1963, 63.

3. AAS 14 (1922) 673-700; texto castellano en *Doctrina Pontificia*, III: *Documentos sociales*, edición preparada por Federico RODRÍGUEZ, vers. esp. de Carlos Humberto Núñez, Biblioteca de Autores Cristianos 178, La Editorial Católica, Madrid 1959, 548-586. Cuando cito una traducción castellana de los documentos pontificios, sigo esa versión, sin perjuicio de eventuales retoques, y me atengo a su numeración.

4. AAS 17 (1925) 593-610; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, I: *Sagrada Escritura. Dogma. Moral. Sagrada Liturgia. Espiritualidad*, edición preparada por Fernando GUERRERO, BAC maior 38, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1991, 185-196.

El programa de Pío XI, sintetizado en el lema *Pax Christi in regno Christi*, suscitó entusiasmos entre numerosos fieles y contribuyó a configurar el clima espiritual de los católicos en el período de entreguerras; dio también origen a numerosas y variadas interpretaciones, no siempre plenamente concordes con su pensamiento, aun cuando surgieran entre las filas católicas. Sería miope, no obstante, pretender ver en la exaltación del reinado de Cristo un anhelo restauracionista, tanto menos en un papa a quien no habría de temblar la mano para condenar la *Action française* y que lograría operar en Francia el *ralliement* ya promovido por León XIII.

En las intenciones de Pío XI, la festividad de Cristo Rey adquiriría, eso sí, un fuerte sentido antinacionalista. Frente a las naciones enalzadas a fin supremo de la vida de los hombres y propietarias absolutas de los individuos, el Papa proclamaba el reinado social de Cristo; a las banderas nacionales o a los símbolos ideológicos enarbolados con frecuencia unos contra otros, se oponía desde Roma la enseña pacífica de Cristo. Pío XI invitaba a los fieles cristianos a cerrar filas en torno a Cristo, *sicut acies ordinata*, e iniciar una «santa batalla» (*bonum certamen*) de conquista espiritual *pro aris et focis* —por el altar y el hogar— (*Ubi arcano*, 49), para devolver el mundo al Rey de las naciones⁵.

Para operar la instauración del reino de Cristo en un mundo hostil, Pío XI presentaba el ideal de una «nueva cristiandad», al estilo de «aquella verdadera sociedad de naciones» que había sido la cristiandad medieval (*Ubi arcano*, 38), renunciando a las formas institucionales del antiguo régimen pero con un sentido antiliberal, en cuanto repudio de una modernidad que —como había demostrado la guerra— terminaba por conducir a la barbarie. A la Iglesia se debía reconocer de nuevo «la condición de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades» (*Ubi arcano*, 41).

Como observa Agostino, las preocupaciones religiosas «constituyen la textura del pontificado»⁶. Entretenerse en las resonancias políticas de la doctrina del Reino de Cristo conduciría a una lectura desviada de las encíclicas de Pío XI y a una minusvaloración de su pensamiento. El Papa dio un contenido estrictamente espiritual a la Regalidad de Cristo⁷. Lo que ante todo buscaba era oponer-

5. Cfr. Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII», en *Histoire du christianisme*, 12: *Guerres mondiales et totalitarismes (1914-1958)*, Desclée/Fayard, Paris 1990, 23.

6. Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l'opinion (1922-1939)*, École Française de Rome, Rome 1991, 766.

7. Cfr. Paolo BREZZI, «Il momento storico del pontificato di Pio XI», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte (1939-1969). Raccolta di studi e di memorie*, a cura dell'Ufficio Studi Arcivescovile di Milano, Opera diocesana per la preservazione e diffusione della fede, Milano 1969, 63.

se a «la tendencia general del tiempo a secularizar cada vez más la vida pública y a establecer una distinción muy neta entre la conciencia religiosa de los individuos y su actividad profesional o cívica»⁸, ofreciendo a los fieles un proyecto fundamental y permanente de vida cristiana: la coherencia de una fe viva, vivida, que se tradujera en obras consecuentes, la aplicación del Reino de Cristo a las realidades concretas⁹. Una soberanía, pues, espiritual: una teocracia, si se quiere, que trasciende toda política.

2. Los medios

Para Pío XI, «el establecimiento del reino de Cristo reposa ante todo sobre una Iglesia sólida, base de toda acción, fundada sobre el ministerio de Pedro, “cátedra de la verdad”»¹⁰. La centralización romana, si bien necesitada de una clarificación que daría sus primeros pasos tras el concilio Vaticano II, había tenido como uno de sus frutos fundamentales la liberación de la Iglesia de la tutela estatal que, si ya había proporcionado amargas experiencias en estados presuntamente católicos, más dura aún había sido en los estados laicizados de la modernidad. Por eso, Pío XI no se limitó a presentar los rasgos generales de su gran visión, sino que buscó también traducirla en indicaciones precisas y señalar los medios para darle cumplimiento.

a) *Un instrumento privilegiado: la Acción católica*

Achille Ratti será recordado, entre otros calificativos, como el «Papa de la Acción católica». Ya en vida del Pontífice se hizo célebre su repetida declaración de que era «la pupila de sus ojos». Estaba profundamente convencido de que sería la Acción católica, tal como él la concebía, la clave para la solución de los problemas con que la Iglesia se enfrentaba en el mundo contemporáneo. A lo largo de todo su pontificado, el Papa no dejó de estimular incansablemente en todos los países la constitución de la Acción católica bajo los auspicios de los obispos, de proponerla como remedio, de defenderla ante los gobiernos que pretendían limitar o suprimir su actuación. Protegida por las estipulaciones de los concordatos, sería ella la que, en todas las naciones y bajo cualquier régimen, haría que los principios cristianos penetraran la legislación civil, la que reintroduciría la moral cristiana en la vida social.

8. Roger AUBERT, «L'insegnamento dottrinale di Pio XI», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 224.

9. Cfr. André BOLAND, «Pie XI», en *Dictionnaire de Spiritualité*, XII/2, Beauchesne, Paris, 1986, 1437.

10. Marc AGOSTINO, «Pie XI», en *Dictionnaire historique de la papauté*, Fayard, Paris 1994, 1356.

El sostén incondicional de Pío XI a la Acción católica, que quiso alejada de cualquier connotación política —a veces a riesgo de entrar en colusión con el régimen imperante, como en la Italia fascista tras la crisis de 1931—, se haría a expensas de los partidos confesionalmente católicos —los *popolari* de don Sturzo y el *Zentrum* de mons. Kaas son los ejemplos más significativos—, que no consideraba convenientes y a los que retiraría su apoyo. No siendo política sino religiosa, afirmaba el Pontífice, la Acción católica era sin embargo acción social porque promovía el reino de Cristo en la sociedad, tratando de orientar la solución de sus problemas según los principios cristianos.

Si bien la Acción católica no había sido invención de Pío XI, fue él quien elaboró y difundió una concepción precisa de lo que debía ser y quien —deudor de una eclesiología en vías de clarificación— la definió como «participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia»¹¹. A través de ella, los laicos, actuando como su *longa manus*, harían llegar la acción santificadora de la jerarquía a aquellos ambientes donde al clero no le era dado introducirse directamente. Sin dedicarle una encíclica, pero mencionándola en todas, Pío XI expuso su visión de la Acción católica en una serie de intervenciones puntuales y significativas, sobre todo a partir de 1928¹². Esto no significaba que la Acción católica tuviera una ordenación única y no pudiera revestir modalidades diversas según los países. En los primeros meses de su pontificado, el Papa reorganizó la Acción católica italiana y la dotó de una estructura clásica unitaria, heredera del siglo XIX, dividida según el sexo y la edad de los miembros: hombres y mujeres, muchachos y muchachas, dirigidos por el *assistente ecclesiastico*, pieza clave de la organización. Pero no recibió con menor satisfacción la Acción católica especializada, fundada en la diversidad social y promovida originariamente en Bélgica por Joseph Cardijn, fundador de la J.O.C. (*Jeunesse Ouvrière Chrétienne*), a la que Pío XI respaldó oficialmente en 1925, no obstante las reticencias de algunos que temían una introducción con ella de la lucha de clases en la Iglesia¹³. La Acción católica especializada vino a ser en la mente de Pío XI el correspondiente en las sociedades occidentales de la indigenización del clero en los países de misión¹⁴.

11. Carta *Quae nobis* al card. Bertram, obispo de Breslau (13.11.1928): AAS 20 (1928) 385, y en muchas ocasiones posteriores.

12. Una buena selección está recogida en ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA, *Colección de encíclicas y documentos pontificios. Concilio Vaticano II*, traducción e índices de mons. Pascual Galindo, 7.^a ed., Publicaciones de la Junta Nacional, Madrid 1967, especialmente vol. II, 1906-2017.

13. Cfr. Gérard CHOLVY-Yves-Marie HILAIRE, *Histoire religieuse de la France contemporaine*, 3: 1930-1988, avec la collaboration de Danielle Delmaire, Rémi Fabre et Jacques Prévotat, Privat, Toulouse 1988, 30ss.

14. Cfr. René RÉMOND, «Pie XI, un grand pape», en AA.VV., *2000 ans de christianisme*, IX, Société d'Histoire Chrétienne, Paris 1976, 117; Roger AUBERT, «L'insegnamento dottrinale di Pio XI», 122.

b) *Un Reino universal: las misiones*

Pío XI, por su interés y acción constantes en favor de la evangelización, no fue menos «Papa de las Misiones» que «Papa de la Acción católica»: «En ningún otro lugar como en su política misionera se han manifestado tanto su sentido universal y su pasión por la independencia de la Iglesia»¹⁵.

La primera guerra mundial tuvo una importancia decisiva en el desarrollo posterior de las misiones católicas. Pío XI, en continuidad con Benedicto XV (carta apostólica *Maximum illud*, 30.11.1919¹⁶), persiguió dos objetivos principales, ligados entre sí: la disociación entre las misiones y las potencias coloniales y la promoción del clero indígena, dentro del proyecto de fundación de Iglesias nativas a que naturalmente debía tender la misión, y con una certera intuición de los procesos de descolonización que se desencadenarían después de la segunda guerra mundial.

Para evitar intromisiones y manipulaciones de los gobiernos coloniales, que deseaban tener en cada región misioneros de su país y de su lengua para favorecer la propia influencia política en el lugar, Pío XI desarrolló un régimen de creciente centralización. Con este fin, trasladó de Lyon a Roma la sede de la Obra de Propagación de la Fe en mayo de 1922, actuando una decisión de Benedicto XV. También en los primeros meses de su pontificado, Pío XI decidió organizar una Exposición misionera universal en los jardines vaticanos con ocasión del Año Santo 1925, que tuvo una gran repercusión en la opinión pública. En 1926 estableció el Domingo Mundial de las Misiones, conocido en España como «Domund».

En su encíclica *Rerum Ecclesiae* (28.2.1926)¹⁷, se contiene toda la doctrina misionaria de Pío XI. El Papa trataba de despertar en todos los fieles su responsabilidad misionera y, al mismo tiempo, la corresponsabilidad de los obispos en la tarea evangelizadora. En cuanto a las Iglesias de reciente constitución, Pío XI insistía en su organización —plena implantación— y en la formación del clero indígena. Recogiendo —como ya había hecho su predecesor— las ideas de los Padres lazaristas Vincent Lebbe y Antonio Cotta, misioneros en China, y del redentorista holandés card. W.M. van Rossum, prefecto de *Propaganda fide*, animaba al respeto de las tradiciones locales y fomentaba la «adaptación» —con-

15. René RÉMOND, «Pie XI, un grand pape», 116.

16. AAS 11 (1919) 440-455; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II: *Evangelización. Familia. Educación. Orden sociopolítico*, edición preparada por Fernando GUERRERO, BAC maior 39, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, 11-23.

17. AAS 18 (1926) 65-83; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 24-37.

cepto más tarde superado, pero entonces de indudable eficacia— a los valores culturales autóctonos¹⁸.

Fue en aquellos decenios cuando se aceleró definitivamente el paso «de las misiones a las Iglesias locales»¹⁹. Entre los actos más memorables del pontificado se recuerda la consagración en Roma de los seis primeros obispos chinos (28.10.1926), a la que seguirían las de los primeros obispos japoneses y vietnamitas. A la muerte del Papa, habían sido creadas más de 300 nuevas circunscripciones misioneras en todo el mundo y cuarenta y ocho, de un total de 520, estaban regidas por obispos nativos.

Con la convicción de que sólo serían eficaces si se apoyaban en la oración y en la reflexión doctrinal, Pío XI nombró patrona principal de las misiones —junto a san Francisco Javier— a una contemplativa carmelita, santa Teresita del Niño Jesús (1927), alentó la implantación de comunidades contemplativas en tierras de misión —en 1928 se abrió un monasterio benedictino en China— e instituyó facultades de misiología en Roma, París y Lovaina.

c) *El unionismo de Pío XI*

Ninguno de sus predecesores había dirigido a las Iglesias orientales tantos llamamientos a la unidad cuantos hizo Pío XI, quien sin duda se sintió movido por su particular sensibilidad hacia las trágicas circunstancias en que Rusia y en general buena parte del Oriente se debatían en aquellos años²⁰. Pío XI señaló —y con ello transformaría radicalmente los presupuestos de la cuestión— la necesidad de un conocimiento mutuo²¹, superando un planteamiento excesivamente reductivo que consideraba la unión como una tarea onerosa solamente para los orientales. En este sentido, se multiplicaron las instituciones, fundaciones y orientaciones de enseñanza aptas para fomentar un mejor conocimiento de la tradición oriental por parte de Occidente.

La apertura del pontificado de Pío XI hacia Oriente contrasta, en cambio, con las prevenciones hacia el movimiento ecuménico en su conjunto y el acerca-

18. Con una instrucción de la Congregación de *Propaganda fide*, del 26.5.1936: AAS 28 (1936) 406-409, se anulaban las dificultades respecto a determinados ritos nacionales japoneses, anticipando la resolución del problema de los ritos chinos mediante la instrucción del 8.12.1939, ya bajo el pontificado de Pío XII: AAS 32 (1940) 24-26.

19. AA.VV., *Storia della Chiesa* [Fliche-Martin, ed. italiana], XXIV: *Dalle missioni alle Chiese locali (1846-1964)*, Paoline, Cinisello Balsamo 1990.

20. Cfr. Christophe DUMONT, «Pío XI e i cristiani separati», en AA.VV., *Pío XI nel trentesimo della morte*, 325-375.

21. Tal es el sentido, por ejemplo, de la encíclica *Rerum orientalium* (8.9.1928): AAS 20 (1928) 277-288.

miento a los protestantes en particular. La Iglesia católica, por su modo propio de entender la unidad, declinó siempre la invitación a acudir junto con las otras Iglesias y confesiones a las conferencias ecuménicas, sin que con ello quisiera manifestar su desinterés por el logro de la unidad visible. La regla respecto a los «disidentes» protestantes y anglicanos —como entonces se decía— seguía siendo la conversión individual. En 1928, recientes aún los congresos ecuménicos de Estocolmo (*Life and Work*, 1925) y Lausana (*Faith and Order*, 1927), y el último encuentro de Malinas (1926), Pío XI publicó la encíclica *Mortalium animos* (6.1.1928)²², «sobre la promoción de la auténtica unidad religiosa», con la que condenaba lo que denominaba —con un término quizá ya obsoleto— el «pancristianismo». La actitud preventiva y el carácter restrictivo de las disposiciones del Pontífice hacia la participación de católicos en las actividades del movimiento ecuménico, aunque fundadas en obvios motivos doctrinales, llevaron a muchos a un juicio negativo sobre la encíclica, cuyo tono era ciertamente poco irénico. Otras medidas de la Santa Sede contemporáneas a la encíclica señalaron un endurecimiento respecto a los contactos con la Iglesia ortodoxa y con la Iglesia anglicana.

d) *La política concordataria de Pío XI*

La primera fase del pontificado de Pío XI, que se extiende de 1922 a 1929, estuvo caracterizada, en el ámbito de las relaciones internacionales de la Santa Sede, por las nuevas circunstancias que había creado la Gran Guerra. La catástrofe bélica había suscitado un ambiente más favorable en los ánimos, había liquidado los últimos baluartes de la alianza entre el trono y el altar —una buena ocasión para acabar definitivamente con los privilegios del regalismo—, había puesto fin en muchos estados al típico liberalismo decimonónico —hermético a una reconciliación con la Iglesia— y, en un sentido más pragmático, había manifestado la conveniencia política de la representación diplomática ante la Santa Sede. Además, los nuevos estados surgidos de la fragmentación de los antiguos imperios encontraban en el concordato la ocasión para una conveniente legitimación internacional y para la estabilización de la situación interior, al tiempo que hacían necesaria la adaptación la estructura administrativa de la Iglesia a la nueva ordenación territorial.

Desde el primer momento de su pontificado, el nuevo Papa se empeñó en aprovechar la situación y poner por obra una intensa política concordataria, ya prefigurada en cierto modo por León XIII, y preparada por Benedicto XV²³ y su

22. AAS 20 (1928) 5-16.

23. Cfr. especialmente la alocución consistorial del 21 de noviembre de 1921: AAS 13 (1921) 521-524, en la que anunciaba la decadencia de los concordatos prebélicos; Antonino CONSOLI, «Il

secretario de Estado, card. Pietro Gasparri, que fue confirmado en el cargo. Bajo el pontificado del Papa Ratti se firmaron diecisiete acuerdos, entre concordatos, «modus vivendi» y convenciones especiales²⁴.

Está fuera de lugar querer ver en la política concordataria de la Santa Sede bajo Achille Ratti una voluntad de consolidar el orden establecido amenazado por la subversión, y menos aún, en su caso, una «coincidencia de intereses y de ideologías»²⁵ con los estados totalitarios —fueron establecidos acuerdos con una gran variedad de regímenes²⁶—. Una idea fundamental presidió la actividad concordataria de Pío XI: la firme voluntad de obtener un marco jurídico y una garantía internacional para la libertad de la misión apostólica de la Iglesia en los diversos Estados; libertad en el ejercicio de su jurisdicción espiritual, en la enseñanza de la doctrina, en la administración de los sacramentos y el ejercicio del culto, con una especial atención a la consecución de un estatuto garantizado oficialmente para la Acción católica²⁷; libertad que se presentaba como corolario inmediato de la doctrina pontificia del reinado de Cristo y de la doctrina de la Iglesia como «sociedad perfecta», desarrollada a partir del pontificado de Pío IX²⁸.

Las esperanzas puestas en la política concordataria por Pío XI y sus sucesivos secretarios de Estado, Gasparri y Pacelli, confiados en la influencia de las

Pontificato di Pio XI e la società civile. Alcune riflessioni sulla sua attività “concordataria”, en AA.VV., *Il Pontificato di Pio XI a cinquant'anni di distanza*, Vita e Pensiero, Milano 1991, 58-59.

24. Un elenco en Alfredo OTTAVIANI, «Pío XI e i suoi Segretari di Stato», en AA.VV., *Pío XI nel trentesimo della morte*, 507; algunos amplían esta lista con acuerdos de otro cariz, como los establecidos con Francia.

25. Cfr. F. MARGIOTTA-BROGLIO, «La politique concordataire du Vatican vis-à-vis des États totalitaires», en *Relations internationales*, automne 1981, 319-342; cit. en Jean-Marie MAYEUR, «Les Églises et les relations internationales. II: L'Église catholique», en AA.VV., *Histoire du christianisme*, 12, Desclée-Fayard, Paris 1990, 302, n. 2.

26. «Inferir de su acuerdo con tal o tal país que [Pío XI] era más acomodaticio con uno que con otro, llevado por la simpatía hacia uno más que hacia otro es, a mi parecer, una inducción gratuita. Pío XI y su Secretario de Estado sacaban solamente el mejor partido posible de las circunstancias»: François CHARLES-ROUX, *Huit ans au Vatican: 1932-1940*, Flammarion, Paris 1947, 54.

27. Sobre la línea directiva de la acción concordataria de Pío XI, cfr. Orio GIACCHI, «La politica concordataria di Pio XI», en AA.VV., *Pío XI nel trentesimo della morte*, 509-529.

28. «Según esta concepción, la sociedad temporal está subordinada a la sociedad espiritual. El ideal es el del Estado confesional que actúa en concierto con la Iglesia. A falta de Estado confesional, lo que importa es que el poder civil colabore con la Iglesia»: Jean-Marie MAYEUR, «Les Églises et les relations internationales...», 301; «Los concordatos posteriores al concilio Vaticano II se fundan al contrario sobre el derecho de todos los hombres a la libertad religiosa. La noción de “sociedad perfecta” ya no aparece»: *ibid.*, 304, n. 3. Sobre este tema, véase Roland MINNERATH, *L'Église et les États concordataires (1846-1981): la souveraineté spirituelle*, Cerf, Paris 1983.

instituciones sobre las masas, han parecido a veces excesivas. Los concordatos podían convertirse en arma de doble filo, sobre todo los estipulados con los estados totalitarios, que buscaban aumentar el propio prestigio a través de los acuerdos con la Santa Sede, en ocasiones —el *Reich* alemán, de modo manifiesto— sin ninguna intención de respetarlos. Sin embargo, aun en esos casos, el concordato fue punto de referencia para las denuncias de la Santa Sede y llegaría a constituir —en cuanto «otro» ámbito de referencia para los ciudadanos, distinto del Estado— un instrumento de resistencia al totalitarismo en cuanto tal que trascendía la simple búsqueda de garantías sobre los propios intereses de la Iglesia²⁹. A pesar de las presiones en sentido contrario, el Papa y sus colaboradores —con la actitud conciliadora que caracterizó el pontificado de Pío XI en las relaciones internacionales— prefirieron siempre y en cualquier caso mantener abierto ese puente y expresar sus desacuerdos o protestas por otros medios, sin llegar a romper las relaciones diplomáticas. Uno de los principales autores de esta política, Alfredo Ottaviani, recuerda: «Un alto personaje me dijo una vez: “Terminaremos por tener relaciones diplomáticas hasta con el diablo”. Pero él no tenía presente la frase redonda de Pío XI, que dijo un día: “Para salvar a las almas, trataríamos incluso con el demonio”»³⁰.

3. Italia: la «cuestión romana» y la Conciliación

Que Pío XI tenía la intención de resolver la «cuestión romana» quedó de manifiesto el día mismo de su elección, cuando, «prisionero del Vaticano» como sus antecesores desde Pío IX, impartió la bendición por vez primera desde la *loggia* exterior de la basílica de S. Pedro. La llegada de Mussolini al poder, dando fin al estado liberal proveniente del *Risorgimento*, y su asunción de plenos poderes en noviembre de 1922 fueron cautamente bien recibidas por la Santa Sede, máxime cuando, lejana aún la deriva totalitaria y filonazi del fascismo, el *Duce* —que combatía el liberalismo, el socialismo y la masonería, adversarios de la Iglesia, y reprimía la pornografía y el adulterio— dio múltiples señales de benevolencia hacia los católicos. El Papa vislumbró entonces la posibilidad concreta de «devolver Italia a Dios y Dios a Italia», restableciendo la paz con el reino sabauda y asegurando las condiciones para la restauración cristiana de la sociedad italiana mediante la estipulación de un concordato.

29. Cfr. Erwin ISERLOH, «La stipulazione e il significato del concordato col Reich», en *Storia ecumenica della Chiesa*, 3: *Età moderna*, Queriniana, Brescia 1981, 291-295.

30. Alfredo OTTAVIANI, «Pío XI e i suoi Segretari di Stato», 502; la afirmación de Pío XI es del 14 de mayo de 1929 y está recogida en *L'Osservatore Romano*, 16.5.1929.

Los Pactos de Letrán fueron sin duda uno de los actos más importantes del pontificado de Pío XI. Las negociaciones secretas entre la Santa Sede y el gobierno italiano comenzaron en 1926. El 11 de febrero de 1929, el cardenal Gasparri y Benito Mussolini firmaron en el palacio lateranense los acuerdos entre el Romano Pontífice y el rey de Italia, constituidos por un tratado de reconocimiento y organización del Estado de la Ciudad del Vaticano, que ponía fin a la «cuestión romana», un acuerdo financiero y un concordato entre la Santa Sede y el Estado italiano³¹.

Mediante el tratado, Italia reconocía la soberanía internacional de la Santa Sede, inherente a la naturaleza de la Iglesia, y en consecuencia, con el fin de asegurarle una independencia absoluta y visible, su plena soberanía temporal sobre el Estado de la Ciudad del Vaticano, que quedaba constituido como tal; por su parte, la Santa Sede renunciaba a los antiguos Estados pontificios y reconocía el reino de Italia bajo la dinastía de la casa de Saboya, con Roma como capital del Estado italiano. Se afirmaba además la neutralidad y la imparcialidad de la Santa Sede en las relaciones internacionales, al tiempo que se reservaba su derecho a intervenir como árbitro y a hacer valer su poder moral y espiritual. Mediante la convención financiera, Italia compensaba a la Santa Sede de la pérdida de sus Estados con una indemnización de 750 millones de liras y de títulos de renta al 5% de interés de un capital de mil millones de liras³².

El concordato concedía particulares privilegios a la religión católica y el Papa no ocultaba su satisfacción: «Cuando se reconoce a la Iglesia la personalidad jurídica con todos sus derechos; cuando el Sacramento del Matrimonio toma su lugar en la legislación y en la vida civil; cuando se reconoce a las familias religiosas la personalidad jurídica; cuando (...) a la enseñanza religiosa se da el debido oficio y misión; cuando además se reconoce un puesto legítimo a la Acción católica; en verdad es fácil comprender cómo se pueda y se deba dar gracias de todo corazón al Señor»³³. Aunque hubo de aceptar el concordato a regañadientes como condición indispensable, no menos satisfecho quedó Mussolini: la resolución de la cuestión romana fue un triunfo para el régimen y un serio motivo de

31. AAS 21 (1929) 209-295.

32. Cfr. Alfredo CANAVERO, *I cattolici nella società italiana. Dalla metà dell'800 al Concilio Vaticano II*, La Scuola, Brescia 1991, 178-180; Danilo VENERUSO, «Il Pontificato di Pio XI», en *Storia della Chiesa* [Fliche-Martin, ed. italiana], XXIII: *I cattolici nel mondo contemporaneo*, 2.^a ed., Paoline, Cinisello Balsamo 1992 [1.^a ed.: 1991], 58-63.

33. *Discorso del Santo Padre ai Pellegrini dell'Università Cattolica del Sacro Cuore* (12.2.1929): AAS 21 (1929) 110; la solidez del concordato queda de manifiesto si se tiene presente que ha estado vigente hasta las modificaciones aportadas por el acuerdo de la república italiana y la Santa Sede del 18 de febrero de 1984.

inquietud para los antifascistas, que temían una eventual colaboración entre la Iglesia y el fascismo. Pero enseguida comenzarían los contrastes entre ambos, precisamente en virtud del concordato.

II. LA PROPAGACIÓN DEL REINO

1. *El Reinado de Cristo en los individuos*

La segunda encíclica de Pío XI, *Rerum omnium*, publicada con ocasión del tercer centenario del nacimiento de san Francisco de Sales el 26 de enero de 1923³⁴, un mes después de *Ubi arcano*, reviste por esto mismo un significado particular y revela —la magnitud de los acontecimientos políticos en los que el Papa Ratti se vio envuelto no ha contribuido a resaltarlo adecuadamente— que la preocupación espiritual constituía un aspecto esencial de los intereses del Pontífice³⁵. Fundándose en las enseñanzas del santo obispo de Ginebra, quería el Papa dirigir una perentoria llamada a la «vida interior» —premisa indispensable para vivir con intensidad y coherencia la propia fe—³⁶, que repetiría con insistencia a lo largo de todo su pontificado, sobre todo en sus famosas «invitaciones a la santidad»: «*Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (I Thess., IV, 3)*; y cuál deba ser esta santificación lo declaró el mismo Señor: *Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Matth., V, 48)*. Y no se crea que la invitación se dirija solamente a unas pocas almas privilegiadas, y que los demás puedan contentarse con un grado inferior de virtud. Al contrario, como es patente, la ley atañe a todos y nadie está excluido» (*Rerum omnium*, p. 50).

Pío XI se empeñó por operar «una verdadera didáctica de la santidad»³⁷, a través de modelos concretos: las beatificaciones y canonizaciones cobran un significado particularmente emblemático durante su mandato y cada una merecería un estudio específico³⁸. Baste señalar, por encima de todos, el rápido proceso de

34. AAS 15 (1923) 49-63.

35. Cfr. Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l'opinion*, 40.

36. Cfr. Roger AUBERT, «Pie XI», en *Catholicisme*, XI, Letouzey et Ané, Paris 1988, 292; de ahí la importancia concedida por el Papa Ratti a los ejercicios espirituales, de los que se hizo insistente promotor y a los que dedicó la encíclica *Mens nostra* (20.12.1929): AAS 21 (1929) 689-706; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, I, 744-754. San Ignacio de Loyola había sido nombrado patrono de todos los ejercicios espirituales en 1922.

37. Marc AGOSTINO, «Pie XI», 1356.

38. «En síntesis, Pío XI procedió a 42 beatificaciones con 496 beatos y a 16 canonizaciones con 33 santos, confirmó el culto “ab immemorabili tempore” de 18 beatos, hizo 1 canonización equipo-

santa Teresa del Niño Jesús, «*la toute petite Thérèse*», a quien el Papa denominaba la «estrella de su pontificado» y por quien nutría una tierna devoción³⁹. El «camino de infancia espiritual», el amor que se manifiesta en las «cosas pequeñas» de la existencia cotidiana, el ocultamiento en Dios, el abandono en los brazos de su amor misericordioso, representaban un modelo de heroísmo en la vida cristiana al alcance de todos y atajaba los debates contemporáneos sobre el sentido de la vida mística. Confiándole el patronazgo de las misiones, Pío XI quería dejar bien claro —contra cualquier veleidad «activista»— que la oración era «el alma de todo apostolado»⁴⁰.

2. *El Reinado de Cristo en las familias*

Los grandes documentos de doctrina moral y social promulgados por Pío XI fueron la manifestación capital del nuevo rumbo que tomó el pontificado a partir de 1929-1930⁴¹; el nombramiento de Eugenio Pacelli como secretario de Estado (7.2.1930) suele considerarse el inicio emblemático de esta nueva fase, que se prolongaría hasta la enfermedad del Papa en el invierno de 1936-1937⁴². Entre los grandes temas presentes a Pío XI en su lucha contra el laicismo, el matrimonio cristiano y la educación de la juventud fueron objeto especial de sus atenciones en todos los actos del pontificado y ante ellos mostró siempre una actitud de máxima energía. A ellos dedicó dos de sus tres grandes encíclicas doctrinales de aquel período.

lente y proclamó 4 Doctores de la Iglesia universal; proclamó 15 patronatos morales para toda la Iglesia; declaró la heroicidad de las virtudes de otros 26 Siervos y Siervas de Dios [...]. Estampó en fin, utilizando el nombre de bautismo según un antiguo uso curial, el “Placet Achilleo” a la “Commissio introductionis Causæ” para 56 Causas de beatificación»: Amato Pietro FRUTAZ, «Inviti di Pio XI alla Santità», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 414-415 (el artículo de Frutaz es básicamente un elenco documentado de todos estos actos).

39. Beatificada en 1923, canonizada en 1925, fue nombrada patrona principal de las misiones en 1927; en 1929 el legado papal bendijo la primera piedra del santuario dedicado a la santa que habría de erigirse en Lisieux, la pequeña población en la que santa Teresita —como ya se le conocía popularmente— permaneció durante la mayor parte de su corta pero intensa vida (1873-1897).

40. La obra de Dom Jean-Baptiste Chautard, *L'âme de tout apostolat*, conocía entonces su momento de mayor apogeo y tuvo una enorme importancia en la modelación del perfil espiritual de los sacerdotes de entreguerras, en Francia y fuera de ella: cfr. Paul VIGNERON, *Histoire des crises du clergé français contemporain*, Téqui, Paris 1976.

41. Cfr. Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l'opinion*, 418.

42. El Papa apreciaba sobremedida al card. Pacelli, de un temple muy diverso del suyo; fue su guía y maestro y lo preparó conscientemente para ser su sucesor, sin dejar de manifestarlo con signos indudables: cfr. Alfredo OTTAVIANI, «Pio XI e i suoi Segretari di Stato», 499 y 504.

a) *La educación cristiana de la juventud*

La encíclica *Divini illius Magistri* (31.12.1929) «sobre la educación cristiana de la juventud»⁴³, fue publicada primero en italiano, bajo el título *Rappresentanti in terra*⁴⁴, para no dejar dudas sobre su destinatario principal. Aunque con ella quería recordar principios de validez universal, la mira inmediata del Papa era oponerse a la pretensión por parte del régimen fascista de transferir íntegramente al Estado la educación de los jóvenes italianos.

Pío XI tomaba en consideración los derechos educativos de las tres sociedades «necesarias, distintas, pero armónicamente unidas por Dios, en el seno de las cuales nace el hombre» (*Divini illius Magistri*, 8): la familia, la Iglesia, el Estado, cada una de ellas posesora de derechos prioritarios en virtud de su propia esencia. El matizado reconocimiento del papel del Estado contrastaba con la tradicional desconfianza de los católicos, para los que habitualmente la enseñanza estatal se identificaba con la enseñanza laicista. Con todo, el Pontífice declaraba injusto e ilícito cualquier monopolio estatal en la educación, a excepción de ciertas escuelas preparatorias para el empleo público y para el ejército, siempre que se respetaran los derechos de la Iglesia y de la familia también en tales instituciones. El Papa reprobaba la educación sexual en las escuelas y la coeducación, y repudiaba sea la escuela «neutra» que la escuela «mixta» —acatólica, pero con educación religiosa impartida separadamente a los católicos—. La encíclica, no obstante, tenía ante todo una planteamiento positivo. Aunque el tiempo también ha pasado sobre ella, aún hoy sigue siendo considerada como el texto fundamental en el que se apoya el desarrollo del pensamiento educativo de la Iglesia, premonitoria respecto a algunos de los problemas pedagógicos de finales del siglo XX.

b) *Una espiritualidad para la familia*

En su proyecto de restauración cristiana de la sociedad, la familia ocupaba un lugar irremplazable. Como advierte Marc Agostino, «nunca se insistirá demasiado sobre sus desvelos por el matrimonio y por la familia»⁴⁵. Entre los numerosos documentos en los que Pío XI dedica una atención relevante a estas cuestiones⁴⁶,

43. AAS 22 (1930) 49-86; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 399-422.

44. AAS 21 (1929) 723-762; *L'Osservatore romano* la publicó el 12 de enero de 1930.

45. Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l'opinion*, 780.

46. Sería enojoso enumerar todos los pasajes en los que Pío XI ha hecho referencia a la doctrina sobre la familia y el matrimonio; véase una relación en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 252, n. b.

ocupa un lugar central la encíclica *Casti connubii* (31.12.1930)⁴⁷, la primera síntesis de la doctrina pontificia sobre la materia desde que León XIII publicara la encíclica *Arcanum divinæ sapientiæ* (10.2.1880)⁴⁸. Superando la habitual apología de la familia en cuanto célula básica de la sociedad, la encíclica buscaba sustentar y promover una verdadera espiritualidad de la familia⁴⁹.

El Papa se sentía empujado a reaccionar, dirigiéndose a todo el género humano, contra «los principios falsos de una nueva moral absolutamente perversa», que, a las ya difundidas prácticas contrarias a la santidad del matrimonio, habían añadido nuevas formas de comportamiento, como el «amor libre» o el «matrimonio a prueba». Rechazando la creciente mentalidad «neomaltusiana», Pío XI condenaba no sólo el aborto y el eugenismo, sino también «todo uso del matrimonio en cuyo ejercicio el acto quede privado, por industria de los hombres, de su fuerza natural de procrear vida» (*Casti connubii*, 57). Mediante la encíclica *Casti connubii*, el Pontífice alzaba su voz frente a una mentalidad egoísta cada vez más difundida: «con su coraje habitual, había decidido dar un vigoroso frenazo, recordando la posición central de los hijos en la concepción cristiana del matrimonio»⁵⁰.

3. *El clero y su formación*

La preocupación de Pío XI por la formación de la juventud y sus desvelos por el matrimonio y la familia se corresponden con la atención prestada al clero y su formación —una de las constantes de su acción pastoral—, manifestada a través de una larga serie de documentos y decisiones que buscaron poner en acto «una intuición desde el inicio muy lúcida y unitaria»⁵¹. Con la constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus* (24.5.1931)⁵² y las sucesivas *Ordinationes* de

47. AAS 22 (1930) 539-592; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 250-287. Las circunstancias históricas de la publicación de la encíclica están marcadas por la resolución n. 15 de la conferencia de Lambeth de los obispos anglicanos el 15 de agosto de 1930, según la cual se admitían las prácticas anticonceptivas en el caso de «una evidente obligación moral», y por el matrimonio de mixta religión de la princesa de Saboya con el rey Boris III de Bulgaria.

48. ASS 12 (1879/80) 385-402; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 233-249.

49. Cfr. Georges JARLOT, *Historia de la Iglesia* [Fliche-Martin, ed. castellana], XXVI/2: *Guerra mundial y Estado totalitarios (II)*, Edicep, Valencia 1980, 238.

50. Roger AUBERT, «L'insegnamento dottrinale di Pio XI», 237.

51. Giovanni MOIOLI, «Pio XI e la formazione del clero», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 263.

52. AAS 23 (1931) 241-262.

la S. Congregación de Seminarios (12.6.1931)⁵³, fijó minuciosamente los planes de estudios en los seminarios y las normas para las colaciones de grados, elevando notablemente las exigencias para la obtención de estos últimos⁵⁴. La importancia de esta constitución en la elevación del nivel intelectual del clero no puede ser infravalorada.

Con ser numerosos los documentos pontificios de la primera mitad del siglo XX sobre el sacerdocio, ninguno es tan importante como la encíclica *Ad catholici sacerdotii* (20.12.1935)⁵⁵, una densa síntesis de la doctrina clásica. Entretanto, el santo cura de Ars, canonizado en 1925 y elevado en 1929 a patrono de párrocos y sacerdotes con cura de almas, se había convertido, en aquellos «años de fervor»⁵⁶, en modelo eximio de despojo de sí mismo y total dedicación al servicio de los fieles en la dispensación de los sacramentos; modelo de una vida apostólica que se quería fundada en la oración, la piedad eucarística y el sacrificio penitente.

En el terreno teológico, el ambiente creado por la controversia modernista se había mitigado tras la sacudida de la Gran Guerra; subsistía, sin embargo, un clima a un tiempo de prevención y de prudencia, que empujaba a dirigir la mayor parte de los esfuerzos hacia la acción pastoral y hacia trabajos de erudición, o a mantenerse en un cierto conservadurismo escolástico «que se tomaba con total buena fe por la tradición misma»⁵⁷.

Uno de los méritos de Pío XI fue, como advierte Roger Aubert, «interesarse sobre todo por lo que se podría llamar “una teología para la vida”»⁵⁸: muchos problemas pastorales y eclesiológicos presentes en el concilio Vaticano II habían sido previamente planteados e incluso abordados por el Papa Ratti. En el período de entreguerras se asistió a un primer impulso de renovación de la in-

53. AAS 23 (1931) 263-284.

54. Una de las consecuencias de la *Deus scientiarum Dominus* fue el cierre de todas las universidades pontificias españolas, a excepción de Comillas, pues no cumplían los requisitos imprescindibles: cfr. Vicente CÁRCEL-ORTÍ, «La visita apostólica de 1933-34 a los seminarios españoles», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 2 (1993) 127-150, y «El Colegio Español, la Gregoriana y las Universidades Pontificias Españolas. Éxitos y fracasos de los estudios eclesiásticos (1892-1939)», en AA.VV., *Estudios, seminarios y pastoral en un siglo de historia de la Iglesia en España (1892-1992)*, Pont. Colegio Español de San José, Roma 1992, 204-277.

55. AAS 28 (1936) 5-53; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, I, 755-780.

56. Cfr. Paul VIGNERON, *Histoire des crises du clergé français contemporain*, 94; el comentario de Vignerón referido al clero francés de los años de entreguerras es probablemente válido, con pequeños matices, para los clérigos de los restantes países de vieja cristiandad.

57. Henri DE LUBAC, *Mémoire sur l'occasion de mes écrits*, Culture et Vérité, Namur 1989, 47.

58. Roger AUBERT, «L'insegnamento dottrinale di Pio XI», 209.

vestigación teológica, que se manifestó en tres campos promovidos específicamente y muy de cerca por Pío XI: la misiología, el encuentro con la teología oriental y la literatura espiritual⁵⁹. Los años treinta en particular fueron un período de extraordinaria riqueza, etapa de formación y de primeros frutos para buena parte de las grandes figuras de la teología del siglo XX. «A pesar de todo, y no obstante el integrismo más o menos larvado, jamás extinguido (...), había en la Iglesia, bajo Pío XI, un impulso de gozosa esperanza, una alegría en el trabajo, sin ningún cuestionamiento de la fidelidad»⁶⁰.

4. *El Reinado social de Cristo*

Entre las nuevas circunstancias que en los años 30 interpelaban a la Iglesia se encontraban la evolución del capitalismo hacia un capitalismo de grupos, la división del socialismo y la aparición de formas reformistas más moderadas, el masivo desarrollo del movimiento obrero, la profunda crisis económica provocada por el «crack» de la Bolsa de Nueva York en 1929, y el auge de las ideas corporativistas. Después de varias intervenciones puntuales, algunas de amplia resonancia⁶¹, vio la luz la encíclica *Quadragesimo anno* (15.5.1931)⁶², que, junto con *Casti connubii* y *Divini illius Magistri*, constituye la tríada fundamental de las llamadas «encíclicas doctrinales» de Pío XI. Remontándose a la célebre encíclica social de León XIII, *Rerum novarum*, Pío XI instauraba la tradición de la enseñanza magisterial sobre la cuestión social a través de documentos solemnes y daba solidez y continuidad a lo que vendría a llamarse la doctrina social de la Iglesia. Como su predecesor, Pío XI trataba de alejarse de los escollos del individualismo y del colectivismo, y precisaba la doctrina sobre la función social de la propiedad, el concepto de justo salario y de salario familiar, el sindicalismo separado y la participación de los trabajadores en la propiedad de la empresa, al tiempo que declaraba la incompatibilidad doctrinal con las nuevas formas de socialismo marxista que estaban surgiendo.

59. Sobre la teología de este período, puede verse José Luis ILLANES-Josep Ignasi SARANYANA, *Historia de la Teología*, 2.ª ed., Serie de manuales de Teología 9, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996, 318-361.

60. Henri DE LUBAC, *Mémoire sur l'occasion de mes écrits*, 47.

61. Carta de la S. Congregación del Concilio al obispo de Lille, mons. Liénart, sobre el conflicto entre el Consorcio patronal textil católico y el sindicato obrero, también católico, de la región de Roubaix-Tourcoing (norte de Francia), publicada en agosto de 1929 con fecha del 5 de junio de aquel año: AAS 21 (1929) 494-504; texto castellano en *Doctrina Pontificia, III: Documentos sociales*, 587-606; al dar razón a los sindicalistas, se otorgó «derecho de ciudadanía» al sindicalismo cristiano: cfr. Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII», 34.

62. AAS 23 (1931) 177-228; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 516-555.

Para la restauración de un orden social más acorde con la caridad y la justicia proclamadas por Jesucristo, el Papa proponía la reconstitución de los «cuerpos profesionales», entendidos como unión de los hombres «no conforme a la categoría que se le asigna en el mercado de trabajo, sino en conformidad con la función social que cada uno desempeña» (*Quadragesimo anno*, 83). La relación entre los «cuerpos profesionales» y los poderes públicos debían atenerse al «principio de subsidiariedad»: era la primera vez que el magisterio pontificio lo formulaba de manera explícita (cfr. *Quadragesimo anno*, 79).

Este punto fundamental de la encíclica fue interpretado de muy diversas maneras: se intuyó la voluntad de un regreso a la organización social de la Edad Media —lo cual no era del todo errado—, o bien se levantaron sospechas de convergencia política con los autoritarismos de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal y de Engelbert Dollfuss en Austria —que impondrían más tarde desde los órganos del estado el modelo corporativista con la creación del *Stado novo* (1933) o del *Ständestaat* (1934)—, o incluso con el Estado corporativista del fascismo italiano, respecto del que Pío XI había tenido buen cuidado de tomar distancias en la encíclica. Aunque no exenta de ambigüedades, la propuesta de Pío XI quería ser con toda nitidez una admonición no sólo contra el individualismo y contra la lucha de clases, sino también contra los excesos del Estado, y el Papa mismo indicaba el peligro de que el corporativismo pudiera servir a intereses políticos particulares más que a la preparación e inicio de un mejor estado social (cfr. *Quadragesimo anno*, 95).

En la encíclica *Divini Redemptoris* (19.3.1937), a propósito del corporativismo propuesto en *Quadragesimo anno*, Pío XI señalaría que las soluciones técnicas no eran competencia de la Iglesia, lo que daba razón de su indeterminación⁶³. Como advierte Jean-Marie Mayeur, «este inciso, raramente citado, es importante: marca la preocupación de no hacer de la doctrina social un conjunto de recetas ni una ideología, y testimonia la voluntad, presente ya en *Rerum novarum*, de tener en cuenta la pluralidad de las situaciones»⁶⁴.

63. «La Iglesia, en efecto, aunque nunca ha presentado como suyo un determinado sistema técnico en el campo de la acción económica y social, por no ser ésta su misión, ha fijado, sin embargo, claramente las principales líneas fundamentales, que si bien son susceptibles de diversas aplicaciones concretas, según las diferentes condiciones de tiempos, lugares y pueblos, indican, sin embargo, el camino seguro para obtener un feliz desarrollo progresivo del Estado» (*Divini Redemptoris*, 33: ver referencia en n. 73).

64. Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII», 36.

III. LOS DESAFÍOS POLÍTICOS

1. *El desafío del «nacionalismo inmoderado»*

a) *Un límite infranqueable*

Se ha discutido mucho sobre la orientación política de la Santa Sede en el período central del pontificado de Pío XI. Si cualquier eventual ilusión sobre el fascismo de Mussolini no tardó en verse truncada, no dejó de haber muestras de simpatía hacia regímenes autoritarios, como el de Portugal o el de Austria, de los que se esperaba la construcción de un Estado católico. Por otro lado, la crisis de las democracias occidentales de entreguerras, las luchas y enfrentamientos de los partidos políticos en ellas, los frutos amargos del liberalismo —sobre todo con ocasión de la gran crisis económica—, no favorecían a los ojos de la Santa Sede la consecución de la paz de la que Pío XI se había hecho heraldo. El Papa había escrito también en la encíclica *Ubi arcano* que las formas estatales modernas en las que «mayor es la participación del pueblo en el Estado», son «formas que —como todas las que se fundan en un régimen justo— no rechaza la doctrina de la Iglesia, pero que ciertamente dan mayor facilidad a las maquinaciones de las facciones» (*Ubi arcano*, 9).

Pero había un límite cuya transgresión no estaba dispuesto a conceder a los estados autoritarios: la exaltación de la colectividad por encima de la persona, de la familia y de la Iglesia. Ya en *Ubi arcano* había distinguido entre el sano amor a la patria y el «nacionalismo inmoderado», transgresor de las reglas de la justicia y del derecho (cfr. *Ubi arcano*, 20).

Con el pasar del tiempo, Pío XI advirtió que los regímenes democráticos, en la medida en que se distanciaban del viejo laicismo anticlerical, eran más capaces de garantizar la libertad de la Iglesia, en un contexto general de libertad como fundamento del derecho común⁶⁵. En los últimos años del pontificado, el contraste de fondo entre los estados totalitarios y la Iglesia católica y la tenaz defensa de la dignidad de la persona humana por parte del Papa, contribuyeron a eliminar equívocos y facilitaron una mayor avenencia entre la Iglesia y los estados democráticos.

b) *La condena de Action française*

Un entendimiento se había producido ya en las relaciones de la Santa Sede con Francia. Al inicio del pontificado había triunfado finalmente el *rallie-*

65. Cfr. Danilo VENERUSO, «Il Pontificato di Pio XI», 52.

ment soñado y promovido por León XIII⁶⁶ y se había llegado a lo que se dio en denominar una «concordia sin concordato».

Mientras tanto, había alcanzado una relativa difusión *Action française*, el movimiento nacionalista, monárquico y antidemocrático que giraba alrededor de la revista del mismo nombre y de sus principales líderes, Charles Maurras y Léon Daudet. Maurras, discípulo de Comte y, como él, positivista ateo, antiliberal y «partidario del orden», veía en la religión católica, por la lógica y la solidez de su organización, una de las piezas fundamentales de su estrategia política. La consecuente benevolencia hacia la Iglesia atrajo a las filas de *Action française* a numerosos católicos tradicionalistas, aun cuando los máximos exponentes del movimiento no ahorraban invectivas si la Santa Sede no respondía a sus intereses⁶⁷.

Una encuesta de la revista belga *Cahiers de la Jeunesse Catholique* reveló que Maurras era el escritor que más había influido en la juventud católica en los últimos veinticinco años. Pío XI se decidió entonces a intervenir. Tras una serie de golpes y contragolpes —entre ellos, el célebre artículo de Maurras titulado «*Non possumus*»—, el Papa hizo publicar el decreto de condena preparado durante el pontificado de Pío X —que había quedado arrinconado tras la muerte del Papa Sarto—, incluyendo siete libros de Maurras en el *Index*, además del periódico *Action française* (29.12.1926)⁶⁸.

Para muchos maurrasianos sinceramente católicos, no cupo duda de que la condena había respondido a razones de oportunismo político. El Papa, que declaró haber estudiado personalmente la cuestión leyendo durante meses las obras de Maurras y el periódico por él dirigido, se mostró inflexible. Se produjeron numerosos dramas personales, cuando católicos de siempre se vieron fulminados por la excomunión, negándoseles la sepultura eclesiástica si morían. El cardenal Billot, que había manifestado su disconformidad con las medidas del Pontífice, hubo de renunciar a la púrpura a instancias del mismo Pío XI. La condena obedecía en realidad a consideraciones eminentemente religiosas: para el Papa eran

66. Benedicto XV había restablecido las relaciones diplomáticas, y Pío XI, con la encíclica *Maximam gravissimamque* (18.1.1924) —AAS 16 (1924) 5-11; versión francesa oficial en AAS 16 (1924) 12-18—, había aprobado una nueva ley sobre las asociaciones diocesanas capaces de gestionar los bienes culturales en conformidad con las leyes de 1901 y 1905; véase André LATREILLE, «Pío XI e la Francia», en AA.VV., *Pío XI nel trentesimo della morte*, 589-619.

67. Jacques PRÉVOTAT ofrece una buena síntesis del caso de *Action française* en Gérard CHOLVY-Yves-Marie HILAIRE, *Histoire religieuse de la France contemporaine*, 2: 1880-1930, avec la collaboration de Danielle Delmaire, Rémi Fabre et Jacques Prévotat, Privat, Toulouse 1986, 126-138, y 3: 1930-1988, 62-66.

68. AAS 18 (1926) 529-530.

reprobables tanto el naturalismo positivista y el «nacionalismo exagerado» defendidos por *Action française*, cuanto la consecuente manipulación de la Iglesia, que, vaciada de su contenido espiritual, se veía reducida en la concepción de Maurras a mero instrumento de los intereses del Estado. Pío XI «recusaba el neopaganismo de “política ante todo” (*politique d’abord*) y la exaltación de la “razón de Estado”» presentes en las doctrinas maurrasianas⁶⁹.

La condena de *Action française* es importante y representa con claridad la magna inspiración de Pío XI. Con ella, el Papa señalaba a las nuevas ideologías nacionalistas —y ante todo, en 1926, al fascismo italiano— el límite infranqueable: la idea de que la Iglesia pudiera ser subordinada a los valores nacionales⁷⁰. El «neopaganismo», la tendencia de los nacionalismos exasperados a erigirse —cuando no lo eran en su propia esencia— en nuevas religiones seculares, constituía el punto fundamental de rotura con la Iglesia católica⁷¹.

2. *El desafío del comunismo*

La de 1937 es conocida como «la Pascua de las tres encíclicas». Pío XI acababa de salir de una larga y grave enfermedad que había hecho temer por su vida. Sin duda, la postración de aquellos meses había dado ocasión al Pontífice para una profunda reflexión acerca de las graves calamidades que se cernían sobre la Iglesia y la humanidad. Hasta qué punto significó un vuelco en la orientación del pontificado es objeto de discusión⁷²; lo cierto es que aquella fue una «enfermedad iluminante», según la expresión de Pío XII, que dio paso a un patético «fin de reinado» repleto de tonos proféticos. En un margen de diez días,

69. Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII», 37.

70. Cfr. Antonio ACERBI, *Chiesa cultura società*, Vita e Pensiero, Milano 1988, 157.

71. La polémica sobre la condena de *Action française* dejó una honda huella en el catolicismo francés, que se encontró una vez más profundamente dividido. La situación se prolongó durante varios años, hasta la retractación del Comité directivo de la publicación en 1939, a las que respondió el Santo Oficio levantando la condena sobre el movimiento en julio de ese mismo año.

72. Según Salvatorelli, Pío XI revisó y reconsideró todo su pontificado durante la enfermedad, opinión que comparte Rimoldi, pero que —desde posiciones más críticas— niega Verucci; Agostino, más matizadamente, sostiene que las últimas intervenciones de Pío XI revelaron la naturaleza profunda del mensaje papal, expresando con fuerza lo que estaba latente: cfr. respectivamente Luigi SALVATORELLI, *Pio XI e la sua eredità pontificale*, Einaudi, Torino 1939, 191; Antonio RIMOLDI, «Pio XI», en *Dizionario storico del Movimento Cattolico in Italia, II: I protagonisti*, Marietti, Casale Monferrato 1982, 501; Guido VERUCCI, *La Chiesa nella società contemporanea. Dal primo dopoguerra al Concilio Vaticano II*, Laterza, Bari 1988; Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l’opinion*, 691. Sobre la conocida síntesis histórica de Salvatorelli, ver las observaciones de Nicola RAMPONI, «Il Pio XI di Luigi Salvatorelli», en *I quaderni della Brianza*, 6 (1983) 77-89.

Pío XI publicó tres encíclicas memorables: *Divini Redemptoris* (19.3.1937), «sobre el comunismo ateo»⁷³; *Mit brennender Sorge* (14.3.1937, pero dada a conocer el 21 en Alemania y publicada el 22), «sobre la situación de la Iglesia católica en el Reich alemán»⁷⁴; y *Firmissimam constantiam* (28.3.1937) «sobre la situación religiosa en México»⁷⁵.

a) *Rusia y el bolchevismo anticristiano*

La experiencia en Varsovia como visitador apostólico y como nuncio (1918-1921) había permitido a mons. Achille Ratti conocer de cerca, en su mismo exordio, los métodos y las intenciones del bolchevismo ruso. Con todo, la actitud inicial de Pío XI no fue la condena radical e inapelable de la encíclica *Divini Redemptoris*, sino que, fiel a su política, el Papa intentó la vía diplomática buscando establecer contactos con los *soviets*⁷⁶. Las tentativas iniciaron en la conferencia internacional de Génova en abril de 1922. Al mismo tiempo, Pío XI prosiguió la obra de beneficencia incoada por su predecesor para combatir el hambre desatada en territorio ruso y logró la autorización para el establecimiento de una Comisión Pontificia de Asistencia —doce sacerdotes encargados de organizar los socorros—, que llegó a Rusia a finales de septiembre de 1922. Tras veintitrés meses de intenso trabajo, la misión hubo de partir por exigencia de las autoridades soviéticas.

La sistemática persecución antirreligiosa organizada por los bolcheviques tuvo como mira prioritaria la Iglesia ortodoxa, aunque también afectaba a la pequeña minoría católica. Pero en 1923 comenzaron las medidas directas contra los católicos, con la detención, el juicio y la condena del administrador apostólico de Mohylev mons. Cieplak, su vicario general mons. Budkiewicz, otros trece sacerdotes y un laico. Mons. Budkiewicz, después de sufrir penosos tormentos, fue ejecutado el Viernes Santo de 1923. Mons. Cieplak, también condenado a muerte, fue indultado gracias a la intervención del Papa y de varios gobiernos

73. AAS 29 (1937) 65-106; versión italiana oficial en AAS 29 (1937) 107-138; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 575-601.

74. AAS 29 (1937) 145-167 (en alemán); versión italiana oficial en AAS 29 (1937) 168-188; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 556-574.

75. AAS 29 (1937) 189-199; versión castellana oficial, *Nos es muy conocido*, en AAS 29 (1937) 200-211; recogida en *Doctrina Pontificia*, II: *Documentos políticos*, edición preparada por José Luis GUTIÉRREZ GARCÍA, Biblioteca de Autores Cristianos 174, La Editorial Católica, Madrid 1958, 724-746.

76. Sobre las relaciones entre la Santa Sede y el régimen soviético, puede verse Antoine WENGER, *Rome et Moscou 1900-1950*, Desclée de Brouwer, Paris 1987; Pietro MODESTO, «Pio XI e la Russia», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 659-678.

extranjeros. Se subsiguieron nuevas detenciones, deportaciones y ejecuciones, dando inicio a una cadena que habría de prolongarse por decenios.

Tras nuevos e infructuosos intentos de acuerdo en 1925, se iniciaron las no muy afortunadas misiones de mons. D'Herbigny (1925-1926), dotado enseguida de poderes para conferir el episcopado, con el fin de paliar la desaparición de la jerarquía. Asimismo, el Papa reorganizó las diócesis y nombró nuevos administradores apostólicos. En poco más de diez años el clero católico presente en la Rusia soviética se vio reducido de casi un millar de sacerdotes a trescientos, de los cuales un tercio estaba en prisión.

En 1927, un último intento de entendimiento entre Pacelli, entonces nuncio en Berlín, y Chicherin, comisario del pueblo para Asuntos exteriores, puso punto final a la vía diplomática. El 19 de marzo de 1930, Pío XI presidió en la basílica de san Pedro una sobrecogedora ceremonia expiatoria por las persecuciones rusas que levantó las iras de los soviéticos. A medida que iba adquiriendo dimensiones mundiales, las advertencias del Papa contra el peligro del comunismo se multiplicaron, hasta culminar en la encíclica *Divini Redemptoris*.

b) *El anticlericalismo mejicano y la guerra «cristera»*

Pío XI, ya desde 1926, consideró la política anticatólica del gobierno mejicano como una expresión del comunismo. Las hostilidades contra la Iglesia, que hundían sus raíces en el siglo XIX, habían renacido algunos decenios antes y se había plasmado en la constitución de 1917, fuertemente anticlerical⁷⁷. Quien hizo precipitar los acontecimientos fue ante todo el presidente Plutarco Elías Calles (1924-1928; prolongó el control político hasta 1935).

En 1926 se agudizó la crisis, pese a los intentos de Pío XI —con el envío de un delegado apostólico, mons. Caruana y la publicación de la carta apostólica *Paterna sane sollicitudo* (2.2.1926)⁷⁸—, que, junto a la firmeza doctrinal, aconsejaba la vía pacífica de la oración y del desarrollo de la Acción católica. Al endurecerse las medidas anticlericales, los obispos mejicanos decidieron la suspensión de cultos. Las intervenciones gubernativas contra el clero y los bienes de la Iglesia se recrudecieron, el Papa intervino de nuevo con la encíclica *Iniquis afflictisque* (18.11.1926)⁷⁹ y finalmente, ante la sorpresa de unos y otros, en enero

77. Los estudios más conocidos sobre los acontecimientos mejicanos de este período son los de Jean A. MEYER, especialmente *La Cristiada*, 1-3, México 1973 (8.ª ed. en 1983); una breve síntesis del mismo autor en *Histoire du christianisme*, 12, 964-974.

78. AAS 18 (1926) 175-179.

79. AAS 18 (1926) 465-477.

de 1927 estalló la guerra, cuando grupos de campesinos se sublevaron espontáneamente al grito de «¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!». Era la primera guerra «cristera», una contienda concebida en términos puramente religiosos, como única alternativa a la voluntad gubernamental de aniquilar la religión católica.

El ejército respondió con una brutal represión y una sanguinaria persecución religiosa, que no hizo sino recrudecer la lucha. A mediados de 1929, el movimiento cristero estaba en su apogeo: solamente un acuerdo entre la Iglesia y el gobierno podría resolver la conflagración. Los llamados «Arreglos» del 20 de junio de 1929 entre el delegado papal y el gobierno mejicano no modificaron la ley, sino que suspendieron su aplicación, al tiempo que se prometía la amnistía a los combatientes y la restitución de las iglesias y de los sacerdotes. El culto pudo entonces recomenzar y los cristeros, decepcionados ante tal solución de compromiso pero acatando la decisión aprobada por la Santa Sede, depusieron las armas. El gobierno, por su parte, quedó convencido de haber sido el vencedor del conflicto.

La opción de Pío XI por la vía pacífica, que miraba más a una eficacia a largo plazo, tomó los rasgos de una actitud temporizadora que no agradó a todos, tanto menos a quienes habían puesto en juego su vida en defensa de la religión. De hecho, la persecución religiosa se prolongó de modo más insidioso, y el Papa protestó de nuevo con la encíclica *Acerba animi* (29.9.1932)⁸⁰. Las nuevas orientaciones educativas gubernamentales de 1934 desencadenaron la reacción armada en diversos estados, dando lugar a una nueva guerra, denominada la «segunda», con características propias que no excluyeron el recurso al terrorismo, y que fue repudiada por la jerarquía.

El entonces presidente Lázaro Cárdenas, que se hizo promotor de una suerte de fascismo denominado sinarquismo, decidió finalmente impulsar un clima de distensión con la Iglesia católica, dando paso en 1938 a un sistema pragmático no escrito de relaciones entre la Iglesia y el Estado, que perduraría en Méjico hasta la década de los noventa. En 1937, inaugurado ya el proceso de pacificación, Pío XI publicó la encíclica *Firmissimam constantiam* (28.3.1937)⁸¹ —tercera de las célebres encíclicas de aquella Pascua—, en la que reiteraba su voluntad de llevar a cabo la restauración cristiana de la sociedad mediante la Acción católica. En ella condenaba «toda insurrección violenta, que sea injusta, contra los poderes constituidos», pero admitía la defensa legítima «con medios

80. AAS 24 (1932) 321-332; texto castellano en *Doctrina Pontificia*, II: *Documentos políticos*, 604-621.

81. Ver referencia en n. 75.

lícitos y apropiados», y enumeraba los principios generales que habrían de ser tenidos en cuenta (*Firmissimam constantiam*, 35-36).

c) *La persecución religiosa en España*

La violencia anticlerical que se había manifestado en España poco después del advenimiento de la república —quemados de iglesias y conventos en mayo de 1931—, suscitó honda preocupación en la Santa Sede que, por su parte, se había apresurado a aconsejar a los preladados españoles el respeto y la obediencia a los poderes constituidos⁸². La pasividad del gobierno provisional ante aquellos hechos contrastaba con la acogida mayoritariamente respetuosa hacia el nuevo régimen por parte de la jerarquía —en medios monárquicos integristas se consideró la actitud de la Santa Sede como una «defección»⁸³— y de los católicos en general. La nueva constitución, que se proponía limitar al máximo el influjo de la Iglesia católica en España, abrió paso a una legislación fuertemente anticlerical. Poco después de la controvertida ley de confesiones y congregaciones religiosas, el Papa determinó hacer oír su voz con la encíclica *Dilectissima nobis* (3.6.1933)⁸⁴, manifestando su repulsa por la situación española y reclamando para los católicos la misma libertad de que gozaban los demás ciudadanos, dentro de la legalidad constituida.

Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, tuvieron lugar nuevas violencias de carácter revolucionario y anticlerical, que ya habían rebrotado anteriormente en 1934. Resquebrajada la paz social, con un gobierno que no parecía garantizar la legalidad republicana, el «Alzamiento» de julio del mismo año —de carácter prevalentemente militar en sus preludios,

82. Sobre las relaciones de la Santa Sede con España en el período de la segunda república y de la guerra civil (1931-1939) puede verse Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*, I-II, Rialp, Madrid, 1993; una síntesis sobre las acciones persecutorias de este período puede verse en Vicente CÁRCCEL-ORTÍ, *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Rialp, Madrid 1990.

83. Cfr. José Manuel CUENCA TORIBIO, «Pío XI y el episcopado español», en *Hispania Sacra* 45 (1993) 332.

84. AAS 25 (1933) 261-274; versión castellana oficial, *Siempre nos fué*: AAS 25 (1933) 275-287; recogida en *Doctrina Pontificia*, II: *Documentos políticos*, 622-641; al margen de sus eventuales preferencias personales y con el deseo, decía, de que «se entienda bien», el Papa escribía que su palabra no estaba inspirada «en sentimientos de aversión contra la nueva forma de gobierno o contra otras innovaciones puramente políticas que recientemente han tenido lugar en España, según algunos van diciendo contra toda la verdad. Pues todos saben que la Iglesia católica no tiene predilección por ninguna forma de gobierno determinado, y que se aviene, si no se le ponen dificultades, con las más diversas instituciones civiles, sean monárquicas o republicanas, aristocráticas o democráticas» (nn. 5-6).

pero enseguida cargado de connotaciones religiosas— no fue algo inesperado. A la salvaje y cruenta persecución religiosa desencadenada en la zona republicana —que superó los peores horrores del Terror en Francia⁸⁵—, la Santa Sede respondió con diversas notas verbales de protesta, «tan ineficaces que todavía en el verano de 1936, en muchos ambientes católicos de dentro y de fuera de España, se empezó a criticar la excesiva prudencia y debilidad de la Santa Sede»⁸⁶. El culto se interrumpió durante casi toda la contienda y en casi todas las regiones bajo control republicano, y el encargado de negocios de la Santa Sede en Madrid, Silvio Sericano, hubo de abandonar la capital en noviembre ante el peligro que su misma vida corría.

Pío XI sentía aprensión ante un régimen que se presentaba demasiado vinculado al fascismo y al nazismo, y mantuvo una postura prudente⁸⁷. La diplomacia pontificia adoptó la vía de la cautela. La presencia de católicos nacionalistas vascos en el bando de la república —de la que a cambio habían recibido el estatuto de autonomía— y la intransigente actitud de Franco hacia ellos fueron probablemente las razones principales de las primeras reticencias de la Santa Sede para establecer relaciones diplomáticas con el gobierno nacido de la insurrección, no obstante las presiones de éste a través del cardenal primado Gomá. Por su parte, los resultados de los esfuerzos del nacionalista vasco Manuel de Irujo, ministro del gobierno republicano, por normalizar la situación fueron prácticamente nulos. La fuerte influencia comunista en el gobierno, el efecto internacional de la *Carta colectiva del episcopado español* a sus hermanos en el episcopado (julio de 1937)⁸⁸ y la evidencia de la futura victoria «nacional», determinaron que la Santa Sede reconociera el gobierno de Franco en abril de 1938 y enviara un nuncio a Burgos. En 1939, a la muerte del Pontífice y casi concluida la contienda, en España existía la impresión de que Pío XI «no entendió la guerra civil española»⁸⁹.

85. Según los datos de Antonio Montero, aún provisionales pero sustancialmente válidos, fueron asesinados 6.832 eclesiásticos, de los cuales 4.184 del clero secular —incluidos 12 obispos—, 2.365 religiosos y 283 religiosas; el número de los laicos muertos por su condición de católicos es difícilmente calculable: cfr. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Biblioteca de Autores Cristianos 204, La Editorial Católica, Madrid 1961.

86. José ANDRÉS GALLEGU-Antón M. PAZOS-LUIS DE LLERA, *Los españoles entre la religión y la política. El franquismo y la democracia*, Monografías AEDOS, Unión Editorial, Madrid 1996, 37.

87. Cfr. especialmente el famoso discurso del 14 de septiembre de 1936 a los prófugos españoles refugiados en Italia, en el que, junto a una dura condena del comunismo, el Papa manifestaba su preocupación por «los otros» y evitaba lanzar una llamada a la cruzada: AAS 28 (1936) 373-381 (texto original en italiano, *La vostra presenza*); un texto castellano, *Vuestra presencia*, fue editado y difundido en forma de folleto por la Tipografía Poliglotta Vaticana.

88. *Carta colectiva de los Obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra de España*, fechada el 1.7.1937, Pamplona 1937.

89. Cfr. Juan María LABOA, «¡España por el Papa!», en *XX Siglos 1* (1990) 54.

d) *La encíclica Divini Redemptoris*

Para Pío XI, la guerra de España puso fin a la ya flaca perspectiva de que fuera posible cualquier ajuste diplomático con un régimen de ideología marxista. Mediante la encíclica *Divini Redemptoris*, el Papa reaccionó de modo tajante frente a los acontecimientos que desolaban parte del mundo y frente a la dinámica expansionista del comunismo; pero también frente a la «política de la mano tendida» insinuada en aquellos meses por el partido comunista francés, que no dejaba de fascinar a ciertos sectores católicos. El juicio del Pontífice era perentorio y la encíclica fue su solemne confirmación: «El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con el comunismo, en terreno alguno, los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana» (*Divini Redemptoris*, 60).

La encíclica no era un simple documento de condena, sino que deseaba ser una respuesta doctrinal al comunismo y señalar, dentro de los límites de un texto de carácter pastoral, los errores antropológicos sobre los que se fundaba. El Pontífice dirigía también un llamamiento a todos los hombres e instituciones para que asumieran sus propias responsabilidades frente al crecimiento amenazador de las corrientes ateas, subrayando las obligaciones que debían pesar sobre las conciencias de los fieles en el terreno de la caridad y de la justicia.

A pesar de la resonancia que alcanzó, *Divini Redemptoris* no obtuvo la eficacia que Pío XI había deseado. Tras la segunda guerra mundial, cuando se fueron verificando sus funestos pronósticos, se convirtió en un documento «incómodo»; sólo recientemente, tras el derrumbamiento de los regímenes comunistas europeos, se han revalorizado las apreciaciones del Papa Ratti.

3. *El desafío del fascismo y del nazismo*

a) *La difícil convivencia con el régimen fascista*

Las primeras ambigüedades por parte de Mussolini con respecto al asociacionismo católico desaparecieron ya en 1929, inmediatamente después de la firma del concordato, y sobre todo en 1931, con el duro conflicto a propósito de la Acción católica juvenil. El punto de fricción entre Iglesia y fascismo fue siempre la educación de la juventud. La encíclica *Rappresentanti in terra / Divini illius Magistri* (31.12.1929)⁹⁰ ya había sido una primera reacción del Pontífice

90. Ver referencia en n. 44.

contra las pretensiones monopolizadoras del fascismo en el ámbito de la escuela, a pocos meses de la Conciliación.

Las asociaciones católicas, especialmente las juveniles, florecieron notablemente al amparo del nuevo concordato, pues la Iglesia las consideraba «como esenciales para resistir a la fascistización de toda la sociedad italiana y, a largo plazo, oportunas para preparar una clase dirigente formada en los principios del catolicismo»⁹¹. Pero Mussolini las quería reducidas a actividades de carácter exclusivamente religioso e inició una drástica campaña contra ellas en la primavera de 1931, acusándolas de hacer política contraria al régimen. La respuesta del Pontífice, en forma de encíclica escrita directamente en italiano, no se hizo esperar. Sin ser una condena del fascismo en su conjunto, en la encíclica *Non abbiamo bisogno* (29.6.1931)⁹² se denunciaba cuanto en el programa y en la acción del Partido era incompatible con la doctrina católica, y en concreto la «estatolatría pagana» que pretendía monopolizar enteramente a la juventud.

Tras una compleja negociación, el conflicto se resolvió a finales del verano sin un claro vencedor, en una suerte de paz de compromiso. Sin embargo, aunque no volvió a haber contrastes de especial relieve hasta 1937 o incluso 1938, cuando Pío XI condenó el racismo que el régimen fascista había empezado a imitar del nazismo, la crisis de 1931 reviste una importancia capital. Cayó la ilusión de muchos de que se pudiera, con expresión de don Sturzo, «catolicizar» el fascismo, se desenmascaró la falsedad de su deferencia hacia la religión y muchos descubrieron que el régimen se inspiraba en una concepción ideológica profundamente anticristiana; todo lo cual contribuyó a la formación de un antifascismo católico de motivaciones no políticas, sino religiosas⁹³.

El acercamiento siempre mayor del fascismo al nazismo a partir de 1936 no sirvió, como en algunos medios eclesiásticos se esperaba, para que Mussolini templase los impulsos de Hitler, sino que más bien ocurrió lo contrario, lo que no dejó de aumentar el desasosiego del Papa. Cuando se introdujo la legislación antisemita en Italia, la reacción negativa de la mayor parte de los católi-

91. Alfredo CANAVERO, *I cattolici nella società italiana. Dalla metà dell'800 al Concilio Vaticano II*, 199.

92. AAS 23 (1931) 285-312; texto castellano en *Doctrina Pontificia*, II: *Documentos políticos*, 578-603.

93. En el período sucesivo, el entusiasmo manifestado por multitud de católicos, también obispos, durante la guerra de Etiopía (1935-1936) respondió más a una retórica que ha sido definida «católico-imperial» que a una convergencia con el fascismo, como algunos han querido ver. No obstante, contribuyó a atenuar, como lo harían también el expansionismo comunista y las atrocidades anticlericales de la guerra española (1936-1939), las desconfianzas de muchos católicos italianos hacia el régimen fascista. La Santa Sede prefirió adoptar una actitud de reserva.

cos fue inmediata, y tanto el Papa como los obispos se pronunciaron en muchas ocasiones contra el racismo⁹⁴. Pío XI trató de evitar por todos los medios, incluso dirigiéndose directamente al rey Víctor Manuel III, la aprobación de esas normas, que entre otras cosas lesionaban el concordato —el famoso *vulnus*— por la negación de efectos civiles a los matrimonios entre arios y judíos convertidos al catolicismo, lo cual daba una base legal a las protestas. No faltaron además diversas vejaciones y discriminaciones contra los católicos, que agravaban las relaciones. La tensión subió de tono hasta que Mussolini se avino de nuevo a abrir negociaciones en agosto de 1938, dando largas en espera de la muerte del ya anciano Pontífice. El Papa murió, en efecto, el 10 de febrero de 1939, víspera de un encuentro programado con los obispos italianos en el que habría pronunciado un esperado discurso a propósito del décimo aniversario de los Pactos de Letrán.

b) *Las relaciones con la Alemania nazi: el concordato de 1933*

Inmediatamente después de lograr la mayoría parlamentaria en marzo de 1933, el canciller Adolf Hitler inició un aparente acercamiento a los católicos por mediación de su vicescanciller, el conservador católico von Papen, y solicitó la estipulación de un concordato con la Santa Sede, eliminando de golpe los obstáculos que hasta entonces se habían levantado en las negociaciones con la Alemania de Weimar.

El concordato con Alemania fue ante todo «un concordato defensivo»⁹⁵. Según manifestaría más tarde el mismo Papa, «a pesar de muchas y graves consideraciones, Nos determinamos entonces, no sin una propia violencia, a no negar Nuestro consentimiento»: ante el rumbo que tomaban los acontecimientos, el Papa quería ahorrar a los católicos «en la medida humanamente posible, las situaciones violentas y las tribulaciones que, en caso contrario, se podían prever con toda seguridad según las circunstancias de los tiempos» (*Mit brennender Sorge*, 4). Por otra parte, hasta entonces sólo se había conseguido la firma de concordatos con algunos *Länder* alemanes; se presentaba por primera vez la oportunidad de obtener un concordato que se extendiera al resto de Alemania. La preocupación por el considerable progreso del comunismo tampoco estuvo ausente de la respuesta positiva de la Santa Sede, como manifestó el mismo

94. El 25 de marzo de 1928, el Santo Oficio había expresado en un decreto que se condenaba «de la manera más clara el odio contra el pueblo que fue elegido de Dios, ese odio designado con el nombre de antisemitismo»: AAS 20 (1928) 103-104; ver también n. 103.

95. Josef GELMI, *Los papas. Retratos y semblanzas*, Herder, Barcelona 1986, 225.

Papa en su alocución consistorial del 13 de marzo de 1933. El concordato fue firmado por Pacelli y von Papen el 20 de julio del mismo año y, sobre el papel, resultó uno de los más favorables a la Iglesia⁹⁶.

Como en otras ocasiones, vislumbrar en el concordato una voluntad de convergencia con los «defensores del orden» que no advertía su carácter básicamente anticristiano, sería atribuir a la Santa Sede una ceguera excesiva. Hubert Jedin, testigo de aquella época y perseguido por Hitler, aseguraba: «cualquiera que en aquel tiempo haya pasado en Roma un cierto período sabe que la afirmación que a veces se oye de que el “papa autocrático” tuviera simpatías por los autócratas fascistas, es una calumnia»⁹⁷. No obstante, observaba que «quizá fue precisamente el aparente paralelismo de las dos formas de fascismo (italiana y alemana) lo que hizo *infravalorar* el riesgo afrontado (con Hitler). El régimen hitleriano fue desde el principio, y después se reveló más cada año, una forma de totalitarismo completamente nueva, diversa del fascismo mussoliniano, que partiendo del principio de la raza, negaba el cristianismo y anteponía la fuerza al derecho»⁹⁸.

Inspirado en el italiano, excepto en el reconocimiento de los efectos civiles del matrimonio canónico, el concordato daba una garantía jurídica a la profesión de la fe y al ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, a la educación católica y a la libertad de las congregaciones religiosas. Pero no tuvo que pasar mucho tiempo para que Hitler demostrara lo que pensaba de esas garantías y cuál sería su actitud ante el catolicismo. La ejecución de dirigentes de las juventudes católicas durante la «Noche de los cuchillos largos» y el asesinato del canciller austríaco Dollfuss en el verano de 1934 fueron una señal más que suficiente. A partir de 1935, después del plebiscito sobre la cuenca del Saar, se desencadenó la campaña contra el clero y contra las asociaciones católicas.

A pesar de todo, la Iglesia llegó a ser, gracias al concordato con Alemania, la única institución que no se había consignado inerte en manos de Hitler: «el concordato con el Reich ofrecía precisamente a la curia romana la posibilidad de múltiples intervenciones sin que se le pudiera reprochar una ingerencia en los asuntos internos alemanes. La preocupación por el propio “estado”, es decir por la existencia de la iglesia como un gran grupo independiente del régimen era ya, en cuanto tal, resistencia contra un sistema totalitario que quería disponer

96. Texto en AAS 25 (1933) 389-413; el concordato ha mantenido su validez hasta nuestros días; cfr. Konrad REPGEN, «I Patti Lateranensi e il Reichskonkordat. Pio XI e la politica concordataria con Russia, Italia e Germania», en *Rivista di Storia della Chiesa in Italia* 33 (1979) 371-419.

97. Hubert JEDIN, «Pio XI e la Germania», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 575-576.

98. Hubert JEDIN, «Pio XI e la Germania», 573.

de todo»⁹⁹. Entre 1933 y 1939, el card. Pacelli dirigió al gobierno del *Führer*, en virtud del concordato, cincuenta y cinco notas de protesta.

c) *La encíclica Mit brennender Sorge*

El Domingo de Ramos, 21 de marzo de 1937, se dio a conocer la encíclica *Mit brennender Sorge*¹⁰⁰ en todas las iglesias católicas alemanas. Elaborada por los cardenales Faulhaber y Pacelli y fechada el 14 del mismo mes, había sido introducida y distribuida clandestinamente en el país. Era la primera encíclica escrita en alemán.

El Papa recordaba en ella la estipulación del concordato y las repetidas violaciones por parte del *Reich*, mediante «maquinaciones que, ya desde el principio, no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento» (*Mit brennender Sorge*, 5). La finalidad que Pío XI buscaba era dirigir una palabra de verdad y de estímulo moral a los católicos en la hora de la prueba. El Papa quería prevenirles contra la desviación de conceptos religiosos fundamentales hacia un sentido profano y recordaba cuál es la genuina fe en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia, frente al panteísmo y la divinización de la raza, del pueblo o del Estado (cfr. *Mit brennender Sorge*, 12). Pío XI denunciaba también las trabas puestas al ejercicio de la vida cristiana y las violaciones cometidas contra la moral católica, sobre todo en el ámbito de la educación de los jóvenes, donde con mayor violencia incidían las pretensiones del régimen nazista (cfr. *Mit brennender Sorge*, 43).

El retraso de la publicación de *Mit brennender Sorge* respecto a *Divini Redemptoris*, unido al hecho de que el nazismo no es mencionado explícitamente en la primera, ha sido visto con sospecha por algunos. En realidad, la demora se debió al secreto con que el texto de *Mit brennender Sorge* se introdujo y difundió en Alemania, y obedeció a una maniobra táctica del Papa, que quiso esperar la previsible reacción de los nazis a *Divini Redemptoris* para hacer oír su voz sobre la ideología hitleriana.

Aunque el nacionalsocialismo no fuera designado explícitamente en la encíclica *Mit brennender Sorge*, el lenguaje mismo del documento era ya una clara indicación. Por lo demás, los contemporáneos no se equivocaron sobre

99. Erwin ISERLOH, «La stipulazione e il significato del concordato col Reich», 291-295 (la cita, sin embargo, aparece como nota adjunta en p. 281). «No lamento nuestro concordato con Alemania. Sin él, no tendríamos ninguna base para nuestras protestas», declaró el card. Pacelli a Charles-Roux: François CHARLES-ROUX, *Huit ans au Vatican*, 95.

100. Ver referencia en n. 74.

ella¹⁰¹. Ni tampoco los nazis, que reaccionaron con extremada violencia: en el arco de tres semanas, fueron condenados 103 católicos; 1100 personas, entre sacerdotes y religiosas, fueron llevados a prisión en mayo de 1937; en 1938, 304 sacerdotes fueron deportados a Dachau. Las organizaciones católicas que aún quedaban en pie fueron disueltas, y la escuela confesional fue suprimida en 1939.

En mayo de 1938, durante la visita de Hitler a Roma, Pío XI se ausentó ostensiblemente de la Urbe reclusándose en Castel Gandolfo, una actitud emblemática muy apreciada por la opinión pública en las democracias occidentales: la cruz de Cristo no podía coexistir con la cruz gamada¹⁰².

4. *Los últimos gestos contra el racismo y el antisemitismo*

Se ha hablado de la insuficiencia de las acciones de Pío XI contra el nazismo. Sin duda, los acontecimientos que siguieron —la segunda guerra mundial— superaron con mucho los más oscuros presagios. Visto desde ahora, desde la experiencia histórica y traumática que el conflicto significó para Europa y para el mundo entero —también, y en no pequeño grado, para la Iglesia—, es fácil lamentar que no se hubiera hecho aún más para frenar la prepotencia hitleriana. Sin embargo, después de la célebre Pascua de 1937, a medida que el nazismo se tornaba una amenaza internacional, Pío XI arrinconó su polémica con el comunismo —que hasta entonces había prevalecido sobre todas las demás en la mente del Papa— y centró su atención en la denuncia de los peligros de la ideología nazi, lamentando las contemporizaciones de las potencias libres. La pusilanimidad de las democracias occidentales con respecto al nazismo —compromiso de Munich, 29 de septiembre de 1938—, contrasta con la energía y el dramatismo con que en las mismas fechas y con creciente insistencia advertía el Papa sobre los sangrientos senderos por los que Hitler estaba encaminando a los hombres y mujeres de su tiempo.

Las intervenciones del Papa se hicieron cada vez más apremiantes¹⁰³. El 22 de junio de 1938, Pío XI había encargado al jesuita americano John LaFarge

101. Cfr. Roger AUBERT, «Pie XI», 298.

102. Coincidiendo con la estancia de Hitler en Roma, *L'Osservatore romano* publicó el 3 de mayo de 1938 una serie de disposiciones sobre las enseñanzas contra el antisemitismo y el racismo en las universidades católicas, que la S. Congregación de Seminarios y Universidades había emanado el 13 de abril anterior: *Actes de S.S. Pie XI* 18 (1938-1939) 86-88; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 564, n. 18.

103. El 6 de septiembre, ante un grupo de peregrinos belgas, Pío XI pronunció una frase que daría la vuelta al mundo: «nosotros somos espiritualmente semitas»: fragmentos del discurso fueron

la elaboración de un proyecto de encíclica sobre la unidad del género humano —el título provisional fue *Humani generis unitas*—, amenazada por las teorías racistas y antisemitas. La muerte impidió al Papa concluir su preparación¹⁰⁴ y Pío XII, sin llevar a término el propósito de su predecesor —considerando quizá que el agravarse de los acontecimientos lo hacía inconveniente—, integró algunos elementos del proyecto en su primera encíclica, *Summi Pontificatus* (20.10.1939)¹⁰⁵.

La voz del Pontífice no se elevaba sólo en defensa de las libertades de la Iglesia, ni de los principios del cristianismo, sino de la dignidad y los derechos de toda persona humana¹⁰⁶, y pocos unieron su voz a la suya con la misma resolución. Desde que en el juicio de Nuremberg (1947) se comenzó a advertir —no a conocer, sino a reflexionar sobre ello— lo que había ocurrido en los campos de exterminio nazis, nuestra percepción histórica se ha transformado profundamente. La *Shoah* es hoy una herida abierta en la conciencia moral de Occidente, incluso de la humanidad entera. Pío XI, «profeta en su tiempo», vislumbró la hecatombe que se avecinaba antes que ninguno y trató de señalarla con fuerza, «sin tener el tiempo ni los medios para hacerse escuchar con la urgencia que él mismo percibía»¹⁰⁷.

Se ha dicho de Pío XI que fue un hombre «*fatto per il primo posto*»¹⁰⁸. Trabajador infatigable, dotado para el mando, aunaba en su carácter la firme conciencia de su misión y de su autoridad con un temple imperioso y enérgico. Sin embargo, detrás de su apariencia distante escondía un corazón sensible que sabía comunicar su bondad paternal a los «hijos» que se acercaban a «visitar la casa del Padre común», como le gustaba expresarse. Por otro lado, era reconocido su capacidad diplomática, aun con los límites que su misma política concor-

publicados, con la autorización del Papa, en *La Libre Belgique* (14.9.1938) y reproducidos en *La Documentation catholique* 39 (1938) 1459-1460.

104. No se conocen muy bien las vicisitudes del proyecto —en el que, junto con LaFarge, colaboraron los jesuitas Gustave Debusquois y Gustav Gundlach—, completado tres meses después del encargo; hay indicios de que llegó a la mesa del Papa, cuatro semanas antes de su muerte, en cualquier caso con excesiva tardanza. Se hicieron varias versiones, con algunas variaciones entre ellas, en francés, inglés y alemán. Una versión francesa ha sido recientemente publicada: Georges PASSELECQ-Bernard SUCHECKY, *L'encyclique cachée de Pie XI*, La Découverte, Paris 1995, 219-310.

105. AAS 31 (1939) 413-453; texto castellano en *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, 602-625: cfr. especialmente nn. 28-38.

106. Cfr. Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII», 40.

107. Émile POULAT, «Préface-Pie XI, les Juifs et l'antisémitisme», en Georges PASSELECQ-Bernard SUCHECKY, *L'encyclique cachée de Pie XI*, 20.

dataria le impuso. Pero el aspecto más señalado de la personalidad de Pío XI fue la fortaleza con que se entregaba a su misión, su brioso sentido del deber, cuyo cumplimiento elevaba al nivel de la santidad, el coraje con que se crecía ante los obstáculos: «una voluntad indómita, movida por una mente de grandes perspectivas; una mano vigorosa, que parecía sostener el mundo en un puño; una voz irresistible, que se proponía llegar a todas partes, indicando a todos con autoridad las vías del bien»¹⁰⁹. Pío XI fue sin duda un hombre fuerte para tiempos fuertes, y su recia personalidad «ha marcado la historia de nuestro siglo»¹¹⁰.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Para una primera aproximación a la figura de Pío XI y de su pontificado, pueden ser útiles las siguientes obras:

Monografías sobre el conjunto del pontificado

Georges JARLOT, *Historia de la Iglesia* [Fliche-Martin, ed. castellana], XXVI/2: *Guerra mundial y Estado totalitarios (II)*, Edicep, Valencia 1980, 1-451 (traducción de Georges JARLOT, *Doctrine pontificale et histoire*, II: *Pie XI. Doctrine et action*, Studia socialia, Presses de l'Université Gregorienne, Rome 1973); a pesar de ocuparse de un tema más restringido, ofrece también una óptima y detallada visión del pontificado Marc AGOSTINO, *Le pape Pie XI et l'opinion (1922-1939)*, École Française de Rome, Rome 1991.

Obras colectivas

AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte (1939-1969). Raccolta di studi e di memorie*, a cura dell'Ufficio Studi Arcivescovile di Milano, Opera diocesana per la preservazione e diffusione della fede, Milano 1969; AA.VV., *Il pontificato di Pio XI a cinquant'anni di distanza*, Vita e pensiero, Milano 1991. Aún estamos a la espera de la publicación de las actas del importante coloquio «Achille Ratti pape Pie XI», organizado por la «École française de Rome» en 1989.

Síntesis

Marc AGOSTINO, «Pie XI», en *Dictionnaire historique de la papauté*, Fayard, Paris 1994, 1351-1362; Federico ALESSANDRINI-Josemaría REVUELTA, «Pío XI, Papa», en

108. Card. Lualdi, cit. en Carlo CONFALONIERI, «Pio XI intimo», en AA.VV., *Pio XI nel trentesimo della morte*, 27.

109. Carlo CONFALONIERI, «Pio XI intimo», 23.

110. Yves-Marie HILAIRE, «Rome, capitale de l'Italie et d'un univers à christianiser. XX^e et XX^e siècles», en Yves-Marie HILAIRE (sous la direction de), *Histoire de la papauté. 2000 ans de mission et de tribulations*, Tallandier, Paris 1996, 442.

El pontificado de Achille Ratti, papa Pío XI

Gran Enciclopedia Rialp, 18, Rialp, Madrid 1981, 531-535; Roger AUBERT, «Pie XI», en *Catholicisme*, XI, Letouzey et Ané, Paris 1988, 287-300; André BOLAND, «Pie XI», en *Dictionnaire de Spiritualité*, XII/2, Beauchesne, Paris 1986, 1432-1438; Antonio RIMOLDI, «Pio XI», en *Dizionario storico del Movimento Cattolico in Italia*, II: *I protagonisti*, Marietti, Casale Monferrato 1982, 495-502.

Referencias en obras de carácter general

Jean-Marie MAYEUR, «Trois papes: Benoît XV, Pie XI, Pie XII» y «Les Églises et les relations internationales. II: L'Église catholique», en *Histoire du christianisme*, 12: *Guerres mondiales et totalitarismes (1914-1958)*, Desclée/Fayard, Paris 1990, 13-44 y 297-345 respectivamente; Danilo VENERUSO, «Il Pontificato di Pio XI», Pietro SCOPPOLA, «Gli orientamenti di Pio XI e Pio XII sui problemi della società contemporanea», y Jean-Marie MAYEUR, «Forme di organizzazione del laicato cattolico», en *Storia della Chiesa* [Fliche-Martin, ed. italiana], XXIII: *I cattolici nel mondo contemporaneo (1922-1958)*, 2.ª ed., Paoline, Cinisello Balsamo 1992 [1.ª ed.: 1991], 29-63, 129-149 y 473-493 respectivamente; hay otras muchas referencias dispersas en los mismos volúmenes.

Memorias

François CHARLES-ROUX, *Huit ans au Vatican: 1932-1940*, Flammarion, Paris 1947; Carlo CONFALONIERI, *Pio XI visto da vicino*, Saie, Torino, 1957.

José Escudero Imbert

Pontificio Ateneo della Santa Croce
Via S. Girolamo della Carità, 64
I-00186 Roma